

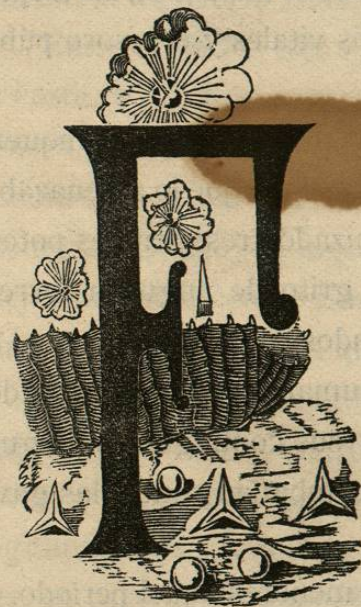
to con terror acercarse á la ciudad las terribles hordas de la Sierra.

El golpe que sufrió la reacción fué tan grave que su directorio, no pudiendo organizar ya grandes cuerpos de ejército, se conformó con fomentar la guerra de guerrillas, armando nuevos bandidos que robaron diligencias, asesinaron pasajeros y saquearon las haciendas y pueblos indefensos.

El Gobierno general tuvo sin embargo algun respiro, pudiendo consagrarse á organizar fuerzas para rechazar al enemigo extranjero, que iba á aparecer muy pronto en el primero de nuestros puertos del Golfo.

CAPITULO VII.

La intervención extranjera.



IRMADA la convención de Londres entre Francia, Inglaterra y España, no pudo por mucho tiempo guardarse el secreto diplomático á cuya sombra se había formado aquella liga tripartita, constituida contra una nacionalidad americana, é inspirada por intereses heterogéneos y hasta contrarios.

El Gobierno mexicano, sin embargo, había tenido noticias de la conspiración europea que se tramaba en su contra por la política de oscurantismo adoptada por los conservadores mexicanos, que se habían fugado de su país, más que por orden del poder público, por el miedo que tenían de que se descubrieran sus tentativas contra la independencia de la patria.

Pero poco pudo hacer el Señor Juárez para oponer una resistencia seria al extranjero que en son de guerra llegara á nuestras playas; en efecto el Gobierno constitucional apenas tenía fuerzas ya para combatir contra la guerra civil que fomentaba el clero.

Verdad es que gracias al valor y abnegación de los soldados republicanos habían sido desbaratados los diferentes ejércitos reaccionarios que á las órdenes de Márquez, Mejía, Lozada, Butrón y otros, asolaron los Estados más ricos de la República. Pero quedaban innumerables gavillas que por todas partes robaban, asesinaban y cometían todo género de depredaciones.

El malestar social era inmenso, paralizadas todas las industrias, desaparecidos los capitales: y la clase desvalida soportaba todo género de privaciones: nadie se atrevía á recorrer los caminos, las fincas de campo estaban desiertas porque los dueños no se atrevían á habitarlas, y los peones eran arrebatados del arado para ser filiados en las tropas. El país, en suma, había agotado sus esfuerzos vitales y el tesoro público estaba exhausto.

Juárez entónces apeló al patriotismo nacional, y, con la franqueza propia á su carácter dió cuenta á su país del peligro que lo amenazaba, por la inmediata invasión que habían organizado tres grandes potencias de Europa. México al escuchar aquel grito de angustia correspondió á las esperanzas del gobierno alistándose á la lucha.

El partido liberal hizo esfuerzos sobrehumanos, y los Gobernadores de los Estados comenzaron á organizar sus contingentes de guerra, mientras las tropas que tenían en pie combatían contra las gavillas conservadoras.

No podemos narrar en sus terribles pormenores aquel período, el más luctuoso y sombrío que se registra en nuestra historia contemporánea. Pero sí tenemos que consignar los sucesos que forzosamente se enlazan con los anales militares que estamos recorriendo.

La escuadra española había aparecido, la primera, en las aguas de Veracruz, y tras ella llegaron los buques franceses é ingleses trayendo tropas de desembarque.

El Gobierno había ordenado la desocupación del puerto, para agotar hasta el fin las medidas conciliadoras que debían poner en relieve

el derecho que asistía á México. El Señor Juárez quería además no destruir en combates inútiles las pocas tropas que había en Veracruz, y que tendrían que sucumbir ante la inmensa superioridad de los invasores. Retirando á la primera línea de la Cordillera las tropas nacionales, y dejando al extranjero en la estéril y mortífera Zona de la costa, ganaba tiempo para concentrar mayor número de fuerzas.

Formábase en efecto violentamente el Ejército de Oriente que había de conquistar un nombre inmortal en aquella campaña. En Diciembre de 1861 marcharon á Orizaba la Brigada de Oaxaca y algunos cuerpos á las órdenes del General Uruga, nombrado General en Jefe del Ejército de Oriente.

De las fuerzas que acababa de recibir hizo Uruga dos brigadas, dando el mando de la primera al General Ignacio Mejía y el de la segunda, compuesta de los batallones de Morelos y Guerrero y alguna caballería á Porfirio Díaz.

Entre tanto los tres ejércitos invasores se habían establecido en la costa, y los representantes de las tres naciones coaligadas celebraron en la Soledad preliminares de arreglo con nuestro Ministro de Relaciones, Don Manuel Doblado. Este eminente patricio, sobre cuya memoria pesa hoy la ingratitud de un pueblo, venció en astucia á los viejos diplomáticos de Europa, y con la fuerza de su inteligencia les hizo confesar la justicia que asistía á México.

Fué el primer triunfo del derecho sobre la fuerza: los representantes extranjeros firmaron el tratado previo segun el cual, no sólo se levantaba muy alto nuestro pabellón tricolor, sino que se reconocía la legitimidad de los poderes de la República, y se obligaban los invasores, en caso de rompimiento, á retroceder á su primera línea de ocupación, de la que habían avanzado hasta Orizaba y Tehuacán, en virtud de la generosa concesión de nuestro Ministro.

Entre tanto el Gobierno aglomeraba cuantas tropas tenía á la mano en la línea de Oriente, situándolas al otro lado de las cumbres de Acultzingo.

La primera brigada de Oaxaca, á las órdenes del general Don Ignacio Mejía, se dirigió á San Andrés Chalchicomula, donde llegó al caer la tarde del 6 de Marzo de 1862. Alojóse en el edificio del diezmo ó

colecturía, con tal desorden y tal imprevisión, que la tropa hacía lumbradas en el mismo patio donde había un gran depósito de parque. Repentinamente se incendió éste pereciendo casi toda la tropa, y centenares de mujeres, niños y paisanos de los que siempre acompañan á nuestras tropas.

Las pérdidas fueron considerables y sobre todo muy sensibles, porque en aquel desastre sucumbieron soldados veteranos que habían hecho toda la guerra de Reforma, venciendo en cien combates á los enemigos de la libertad.

El General Porfirio Díaz permaneció en Ixtapa aumentando sus fuerzas y mejorando la instrucción de éstas y su organización.

Entre tanto se precipitaban los sucesos en el campo intervencionista, surgiendo las dificultades consiguientes á los intereses, tan opuestos entre sí, que perseguían las naciones que habían entrado en aquella coalición.

Doblado, con aquella intuición soberana que poseía y en virtud de la cual era uno de los políticos más hábiles de su época, había comprendido que la unión entre las tres potencias era imposible por mucho tiempo, en virtud del antagonismo de las miras privadas de cada una.

España soñaba en una restauración borbónica volviendo á México á su antigua condición de colonia conquistada; pero no participaba de ese delirio monárquico el General Prim nombrado en Jefe del ejército expedicionario.

La Francia traía un plan preconcebido de intervención permanente, cuyo punto de mira era erigir un imperio, sucursal del de Napoleon III, que realizara los negocios leoninos proyectados en la alcoba de la Montijo y que pusieran á flote al quebrado Jecker, y dieran á las princesas imperiales la propiedad de las minas de Temascaltepec.

La Inglaterra sólo traía en su cartera los bonos de su deuda, y un inmenso protocolo de reclamaciones.

Doblado, después de haber hecho firmar á los representantes de las tres naciones los preliminares de la Soledad, se había alejado sonriendo, seguro de que en aquellos convenios quedaba sembrado el germen, que al desarrollarse, desagregaría la liga tripartita.

Habíase señalado el 5 de Abril de 1862 para la apertura de las conferencias definitivas entre México y las tres potencias signatarias. Pero ántes estalló el conflicto entre éstas.

La presencia de Almonte en el campamento francés, la liquidación de las deudas que reclamaba cada nación y, sobre todo, la imposibilidad de armonizar las pretensiones secretas de las tres partes contratantes, trajeron al fin la crisis que previó Doblado, con la profunda mira de que México sólo tuviera que luchar con un ejército extranjero, descartando á los otros dos.

Rota la convención de Londres, los ingleses y los españoles retrocedieron á Veracruz para reembarcarse, no queriendo ser cómplices en el atentado urdido por Napoleon. La Francia quedó sola, fascinada por las promesas del clero y de los conservadores, que le ofrecían entregarle sin resistencia el país entero. Y sus representantes violaron sin pudor los convenios signados en nombre de su nación, llenando á ésta de mengua.

Pero no quedó en esto la deslealtad de Saligny y de Jurien de la Graviere: no osando volver, como estaban obligados por su palabra de honor, á la zona del vómito, simulaban abandonar á Orizaba, hasta el Fortin sin alejarse mucho de aquella ciudad, donde el ejército francés había dejado sus enfermos, con una pequeña fuerza que los custodiaba.

Entonces Zaragoza ofició al General francés manifestándole que esa guarnición era innecesaria, pues sus enfermos estaban bajo la salvaguardia del Gobierno, quien los haría respetar y atender.

El Jefe francés no se dignó contestar á aquella nota.

La posición de los dos ejércitos era la siguiente: Los franceses tenían su retaguardia en el Fortin, y un pequeño destacamento de la brigada del General Díaz se encontraba en Escamela, lugar distante poco más de dos leguas de aquel. Violentamente doscientos caballos, conduciendo otros tantos zuavos á la grupa, se desprendieron del grueso del ejército francés, y se arrojaron sobre los cuarenta hombres que componían la avanzada del ejército mexicano.

Los puestos resistieron el ataque, á pesar de haber sido tan imprevisto, con un valor heróico: cuarenta mexicanos resistieron á cuatrocientos franceses, sucumbiendo al fin después de haber quedado